

Lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

- Lutte Ouvrière en las elecciones europeas
- Una voz internacionalista en la campaña
- Tras los Estados nacionales, el gran capital
- Una discusión en el seno del Secretariado Unificado : Camboya, ¿Estado obrero, o Estado burgués ?

mensual
trotskista

editado por

**Lutte
ouvrière**

Mayo/1979

No

63

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria



FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a
LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON
6851 10 PARIS



ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Sies meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,
Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA

ANTILLAS

Semanaatio trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año : 100 FF

Seis meses : 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac - CCP 32566 71 La Source

Correspondancia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214 - 97110 Pointe-à-Pitre - Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier - BP 80 93302 Aubervilliers

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año..... FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año..... FF 36 (\$ 7,5)
enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».



Hebdomadaire communiste révolutionnaire (trotskiste)

Pour la construction d'un parti ouvrier révolutionnaire en Martinique et en Guadeloupe
Pour la participation des peuples de Martinique et de Guadeloupe
Pour la construction d'un parti ouvrier international



le pouvoir
aux
travailleurs
mensuel trotskiste

UNION AFRICAIN DES TRAVAILLEURS COMMUNISTE INTERNATIONAL

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

Página 2 Lutte Ouvrière en las elecciones europeas

Página 7 Una voz internacionalista en la campaña

Página 11 Tras los Estados nacionales, el gran capital

Página 18 Una discusión en el seno del Secretariado Unificado : Camboya, ¿Estado obrero o Estado burgués ?

LUTTE OUVRIERE EN LAS ELECCIONES EUROPEAS

Lutte Ouvrière presentará una lista de candidatos en las elecciones para el Parlamento europeo del 10 de junio próximo.

No es que este Parlamento vaya a desempeñar el menor papel efectivo. Aún tendrá mucho menos poderes que los Parlamentos nacionales que ya no tienen, como se sabe, necesariamente mucho. Su único papel es el de vigilar la Comisión de Bruxelas que se ocupa, según parece, en harmonizar las políticas y las reglamentaciones económicas de los Estados miembros. Ni siquiera puede votar una ley —lo que es la función normal de los Parlamentos en régimen de democracia burguesa— que se aplicaría al conjunto de la comunidad europea.

Y los hombres políticos europeos, del estilo de Michel Debré, que se dedican a la demagogia nacionalista al esforzarse en convertir en espan-tajo este Parlamento, tienen que inventar un argumento revolucionario para el futuro, tanto es evidente que la Asamblea europea no es nada en el presente. Debré y sus semejantes pretenden temer que, valiéndose de su elección al sufragio universal, el Parlamento se arroge luego poderes que no están previstos por el tratado de Roma. Como si una asamblea sin poder, sin fuerza y sin tropas

pudiera intentar el menor abuso de autoridad. Fueron necesarias las tropas puritanas de Cromwell para que el Parlamento inglés a mediados del siglo XVII, o el pueblo de París en armas para que los Estados Generales franceses, a finales del siglo XVIII, encarnaran la nueva voluntad de una nación, se arrogaran el poder y se transformaran de humilde asamblea destinada a un simple papel consultativo y decorativo en verdadero cuerpo dirigente del país. Claro que no se trata de ninguna manera de esto con la Asamblea europea cuyos miembros después de todo sueñan seguramente más con una buena sinecura de más de treinta mil francos por mes que con aventuras revolucionarias.

Dejemos entonces esta ciencia-ficción a nacionalistas atrasados. Los legisladores franceses, al instituir la proporcional a escala nacional, pusieron prudentemente a pesar de todo un límite al 5 % de los sufragios expresados. Debajo de éste, que equivale a alrededor de un millón y medio de votos, no se tomará en cuenta ninguna lista para el reparto de los escaños. De esta manera, una lista podrá obtener centenas de miles de votos, incluso quizás más de un millón, sin conseguir ningún escaño. Tal es la

democracia burguesa : se esfuerza con apartar a todo coste los minoritarios, incluso de una asamblea sin ningún poder. Pero aunque ocurriera que la lista de extrema izquierda obtuviera el 5 % de los sufragios y tenga de este hecho escaños, los diputados sólo tendrían en esa asamblea la posibilidad de servirse de ella como tribuna. Y sería probablemente una tribuna hacia la cual las masas mirarían aún menos que la Asamblea nacional.

En estas condiciones, ¿es verdaderamente útil que se presenten los revolucionarios en estas elecciones ? ¿Es verdaderamente útil que se consagren en estas elecciones varios millares de francos, lo que cuesta el material electoral, que sólo se reembolzará si la lista obtiene más del 5 % de los sufragios ? ; dinero que por supuesto, sólo puede provenir del bolsillo de los trabajadores militantes y simpatizantes de extrema izquierda.

Primero, independientemente del papel futuro de los diputados y tan despreciable como este pueda ser, las elecciones y los resultados tendrán una significación política. Lo que está en juego para los cuatro partidos parlamentarios, RPR y UDF a la derecha, PS y PCF a la izquierda, es el medir el impacto que actualmente tienen respectivamente sobre el cuerpo electoral. Un poco más de un año después de las elecciones legislativas, dos años antes de las elecciones presidenciales sobre las cuales ya tienen los ojos clavados todos los hombres políticos, estas elecciones serán un test político de importancia. Para las corrientes minoritarias, el test consiste, más sin duda que el de los resultados, en su capacidad en estar presentes, en no desaparecer. Y es verdad que frente a los obstáculos, en particular financieros, que se

ponen a la presentación de una lista, esta presentación muestra, al menos para las listas que no benefician del apoyo de mecenazgos capitalistas, que una corriente sí existe, aunque sea minoritaria, que recoge suficiente simpatía en ciertas capas de la población para obtener los recursos necesarios.

Estar presente en esta competición electoral de manera tal que la voz de los revolucionarios se haga también oír, y no solamente la de los partidos parlamentarios, en el momento en que mucha gente presta más atención a las cosas de la política, resulta pues el primer motivo para que hagamos el esfuerzo de presentar una lista.

Y esto es tanto más verdad que en esas elecciones justamente, la extrema izquierda revolucionaria tiene cosas que decir y una propaganda que desarrollar. Además de que sólo ella desarrollaría esta propaganda, sería perjudicial que no lo sea con motivo de las elecciones europeas, y que frente a las propagandas de los partidos burgueses de derechas o de izquierdas, no se diga nada.

En efecto, esas elecciones tendrían lugar en torno a un tema central, el nacionalismo, incluso si en la ocasión se evocarán muchos otros temas. Además, es lógico y conforme a la naturaleza de esas elecciones que plantean teóricamente, incluso si se está muy lejos de eso en realidad, la cuestión de un poder y de un Estado europeo supranacionales.

Dos de los cuatro grandes partidos parlamentarios, el RPR a la derecha y el Partido Comunista a la izquierda, ya han entablado su campaña electoral desde hace meses, sobre temas nacionalistas y chauvinistas.

Frente a eso, los dos grandes

partidos que pasan por pro-europeos parecen sobretodo, y cada vez más, preocupados en explicar cuales son los límites de este europeanismo. Es verdad que, UDF como PS no llevan este título de europeo sino en comparación con sus competidores RPR a la derecha, y PCF a la izquierda.

Frente a estos últimos, es necesario que se oigan la voz y el punto de vista de los internacionalistas. Es necesario que se diga que derribar las fronteras nacionales surráneas y retrógradas es el interés de los trabajadores y que sólo la clase obrera puede cumplir esta tarea y crear un Estado federal europeo. Este punto de vista, sólo los comunistas revolucionarios internacionalistas, es decir los trotskistas, lo defienden sin concesiones hoy en día. Si no estuvieran presentes en estas elecciones significaría sólo dejar la palabra a los nacionalistas, de cualquier tipo y de cualquier clase quizás, los unos declarados y los otros menos, pero de todas maneras a los solos nacionalistas.

Es la razón fundamental por la cual presentamos una lista de candidatos en las elecciones europeas, y que justifica ampliamente el esfuerzo que esto requiere.

Por otra parte, hemos propuesto a la Liga Comunista Revolucionaria presentar en común una lista de candidatos.

Cierto, todo el mundo lo sabe, tenemos con la LCR muchas divergencias sobre numerosos puntos. Estas divergencias, y en particular nuestras actitudes respectivas con respecto a los partidos que formaban parte entonces de la Unión de la izquierda, PCF y PS, nos llevó, por ejemplo, durante las elecciones legislativas de hace un año, a

presentarnos de manera competitora. Nuestros totales y profundos desacuerdos sobre las cuestiones esenciales planteadas por esas elecciones, rendían imposible, a nuestro parecer, la presentación en común de candidatos y una campaña común.

Sin embargo, no renunciamos a una de nuestra política fundamental que consiste en hacer en común con las demás corrientes revolucionarias, y primero con otras corrientes que se reclaman del trotskismo, todo lo que es posible hacer en común, cada vez que resulta posible hacerlo.

Es por eso que hemos propuesto a la LCR presentar una lista común, hacer una campaña común a la ocasión de estas elecciones.

Sabemos que tenemos divergencias con la LCR a propósito del Mercado común y de la Europa de los Nueve. Estamos en desacuerdo con las tomas de posiciones del S.U. de la Cuarta Internacional —a la cual pertenece la LCR— en contra de la entrada de Grecia, España y Portugal en el Mercado común. Estamos en desacuerdo con el análisis sobre los pretendidos peligros para los trabajadores que representarían las instituciones de una Europa capitalista que de todas maneras no se construye.

Sin embargo, a pesar de estas divergencias, pensamos que en la ocasión de estas elecciones europeas, podemos, y tendríamos que estar de acuerdo para llevar a cabo una campaña común en torno a un eje fundamental común cuyas nuestras dos organizaciones se reclaman : el internacionalismo.

Es el sentido de las proposiciones precisas que hemos hecho a la LCR : una campaña común en la que se comprometerían realmente nuestras dos organizaciones, lo que se caracterizaría por la presentación

de una lista común de candidatos conducidos por los portavoces más notables de Lutte Ouvrière y de la Liga Comunista Revolucionaria : Arlette Laguiller y Alain Krivine. Esta campaña común tendría como eje fundamental la defensa sin concesión del internacionalismo proletario, lo que implica evidentemente no llevar ningún apoyo, bajo cualquier forma que sea, a los que desarrollan puntos de vista chauvinistas o nacionalistas, hombres políticos o partidos, de derecha como de izquierda, y principalmente PCF y PS ; lo que implica también denunciar de manera abierta a aquellos que en Francia se oponen a la entrada de nuevos países en el Mercado común, lo que en nuestro país, no se puede hacer sino de un punto internacionalista.

La LCR nos ha contestado ya, «que estaba de acuerdo con nosotros sobre el hecho que una campaña común de la LCR y de LO tiene que estar ante todo orientada en torno a la defensa intransigente de los intereses internacionales de la clase obrera». Rouge nº 861 en fecha del 6 al 12 de abril escribe que si «una discusión más profunda es necesaria» sin embargo, «al examinar las posiciones de LO, las dificultades y los desacuerdos no parecen infranqueables a priori».

Sin duda, si aún nos queda por ponernos de acuerdo sobre el contenido real de tal campaña internacionalista, para la cual pretendemos estar listos a llevar los unos y los otros, parece pues, que la LCR podría estar de acuerdo con nosotros a propósito del eje general de una eventual campaña común.

Queda también por estudiar el problema material. Los camaradas de la LCR no nos han ocultado que no lo habían aún solucionado. Además, Rouge se explica franca-

mente : «habíamos renunciado a este proyecto (la presentación de una lista en las elecciones europeas) al examinar el coste financiero», «la proposición de LO plantea la cuestión en nuevos términos, ya que permitiría repartir el coste elevado de tal campaña. Pero, incluso teniendo en cuenta tal hipótesis, el esfuerzo financiero quedaría muy pesado».

Es evidente que tal campaña puede ser entablada por una organización sólo si tiene la garantía al principio de ser capaz de enfrentar las obligaciones financieras de las que ya hemos revelado la importancia.

Por su parte, Lutte Ouvrière, a la vista de las reacciones y de las compromisiones de los militantes, de los simpatizantes y de los trabajadores que apoyan la organización o que aprueban el proyecto de hacer oír la voz de los internacionalistas en las elecciones y de no dejar únicamente la palabra a los nacionalistas de todos horizontes, sabe que está en medida de encarar los problemas financieros. Les toca evidentemente a los camaradas de la LCR de decirnos si es el caso para ellos o no.

Sea lo que sea, que la LCR decida participar con Lutte Ouvrière —lo que evidentemente deseamos como atestiguan las proposiciones que les hemos hecho— o que por una u otra razón, en particular financiera, estimen no poder o deber hacerlo —lo que sentiríamos ya que nos parece que tenemos una oportunidad y un terreno donde sería de la mayor importancia que ambas organizaciones comunistas internacionalistas obren en común— habrá una lista revolucionaria presentada al sufragio de los electores el 10 de junio.

Todos aquellos que saben y tienen a pecho afirmar que los proletarios

no tienen patria, que las fronteras instauradas por las diferentes burguesías para defender sus intereses son trampas para los trabajadores, que el objetivo de éstos es el derrumbar éstas, podrán decir y expresar su sentimiento y su opinión ese día.

Este artículo escrito mientras continuaban las negociaciones con la LCR, se publicará cuando se habrá tomado la decisión. Nuestros lectores comprenderán las razones técnicas, debidas al plazo de compaginación y de impresión, de este decalaje.

UNA VOZ INTERNACIONALISTA EN LA CAMPAÑA

Lutte Ouvrière presentará una lista de candidatos en las elecciones europeas de junio próximo, para defender la idea de una Europa sin fronteras y sin explotadores.

Entre los partidos políticos, numerosos son los que se dicen «europeos». Pero todos sin excepción condenan la perspectiva de una Europa «supranacional», es decir de un solo Estado europeo o de una federación de todos los Estados de Europa, porque todos esos partidos son los defensores de los intereses nacionales de los industriales y de los banqueros franceses. Y especulan con la idea de Europa unida por simples razones de demagogia electoral, vaciándola de todo contenido.

En cambio, la perspectiva de un Estado federal europeo no es una perspectiva que pueda dar miedo a la clase obrera. Al contrario, la clase obrera es la única clase que tenga interés en verla realizarse; y los Estados Unidos de Europa sólo podrán ser Estados Unidos socialistas.

En consecuencia, el interés de los trabajadores no es ir en guerra contra el Mercado común, o contra su extensión a España, a Portugal y a Grecia.

La clase obrera europea puede

estar unida. Las burguesías europeas no lo estarán nunca. Y es precisamente por eso, que el proletariado no tiene nada que temer de los acuerdos que éstas pueden establecer entre ellas, para intentar abrir el cerrojo que constituyen las fronteras nacionales.

Esas fronteras y las barreras aduaneras que las simbolizan, fueron para cada burguesía, durante el siglo pasado, un arma para protegerse de la competencia de sus vecinos.

Y luego, como se habían vuelto demasiado estrechas para las más fuertes y las más ansiosas de ellas, tres veces en un siglo, para la sola Europa occidental, cada burguesía envió a sus obreros y campesinos a masacrarse a los de al lado y hacerse masacrarse, para intentar desplazar esas sagradas fronteras. Pueblos, salidos de la misma historia, que comparten prácticamente la misma cultura, se entremataron para saber si provincias a quienes nadie había consultado debían pertenecer a tal o cual país. Se mataron a millones de trabajadores que no tenían rigurosamente nada que ganar, en el transcurso de esas guerras fratricidas.

Hoy, los Giscard y los Lecanuet, buena parte de los hombres políticos

que son los continuadores de aquellos que presidieron las sangrientas matanzas de trabajadores, que constituyeron las dos primeras guerras mundiales, se proclaman facilmente europeos. Pero es pura hipocresía. Para esa gente, Europa no es más que un tema de discursos demagógicos que especulan con la aspiración a la paz, a la fraternidad y a la cooperación entre los pueblos. Esta gente, que tiene las manos manchadas de la sangre de las guerras coloniales del imperialismo francés, no retrocederían además ante una nueva guerra mundial, si eso sirviera los intereses de sus amos, los industriales y los banqueros.

El Partido Socialista, que también se pretende «europeo», tampoco defiende una perspectiva diferente. El también, en la palabra «Europa», sólo entiende el Mercado común, un conjunto de convenios destinados a facilitar los intercambios comerciales entre las diferentes burguesías europeas.

En cuanto al Partido Comunista, todo lo que se le ocurre, consiste en unir su voz a la de la derecha más reaccionaria, a la del R.P.R. ¡para convertirse en el campeón de la «independencia nacional»! Presenta todos los alemanes, incluso los trabajadores alemanes, como los adversarios de la clase obrera francesa, y el ingreso de España, Portugal y Grecia en el Mercado común como un peligro para el pueblo francés.

Y cuando hoy las burguesías europeas se encuentran por la fuerza de las cosas obligadas a entreabrirse mutuamente las fronteras, ¡se halla gente que —en nombre de la clase obrera— quisiera llevar a los trabajadores a elevarse contra ello!

Pero lo que los trabajadores deben desear, es precisamente, al contra-

rio, la desaparición de todas las fronteras europeas, de esas fronteras que, en lo esencial, nos vienen directamente de la Edad Media, y que compartmentan un continente dos veces más pequeño que América del Norte en ni más ni menos que una treintena de Estados diferentes.

Los únicos Estados a la talla del siglo XX son aquellos formados a la escala de un continente. Y los trabajadores sólo podrían aplaudir ante el nacimiento de una federación de Estados europeos que convertiría los puestos fronterizos en vestigios arqueológicos.

Hace un siglo, tal proyecto hubiera podido aparecer como sueño de visionario, válido quizás para un futuro lejano. Pero hoy, los Estados Unidos de Europa corresponden a las realidades cotidianas de este continente.

Ya no estamos en la época en la que los diferentes pueblos de Europa sólo conocían a sus vecinos cuando estaban «ocupados» militarmente por ellos, o cuando eran ellos quienes iban a «ocuparles» militarmente. En la época en que de buena fe se podía creer que la gente que vivía del otro lado de la frontera, sino se comían a los niños crudos, eran por lo menos completamente diferentes.

El progreso de las comunicaciones ha acortado las distancias. Ha permitido a todo el mundo ir a dar una vuelta por los países vecinos. Y hoy los pueblos de Europa ya no son extranjeros los unos para con los otros.

La mayoría de los trabajadores franceses han tenido la ocasión de ver vivir en su país trabajadores alemanes, italianos o españoles. Y en general, se han dado rápidamente cuenta que esos hombres tenían los mismos problemas, las mismas aspiraciones, las mismas fuentes de

gozo y de pena que ellos mismos. Esos trabajadores franceses se han dado cuenta que los trabajadores alemanes, italianos o españoles que han podido conocer, pese al obstáculo del idioma estaban infinitamente más cerca de ellos que los patrones, los industriales y los banqueros de su propio país.

Es además, por lo que numerosos trabajadores son favorables a la idea de una Europa unida, porque piensan que debería acabarse para siempre la época en la que se podía arrojar a los pueblos de Europa los unos contra los otros, y porque aspiran a un futuro de paz y de fraternidad entre los pueblos.

Pero no es únicamente el espectro de las matanzas guerreras que la unión de los trabajadores de Europa podría disipar. Es también la realidad de las guerras económicas —para emplear la expresión de Debré— que oponen hoy como ayer las diferentes burguesías europeas entre si.

¡Ya que es verdaderamente un colmo, esta situación en que los patrones franceses imponen a sus obreros sacrificios, bajo el pretexto de la necesaria competitividad con respecto a los productos alemanes, mientras que los patrones alemanes imponen sacrificios a los trabajadores que explotan, también bajo el pretexto de la necesaria competitividad con respecto a los productos franceses!

Puesto que finalmente, si el conjunto de los trabajadores de Europa produce más de lo que el mercado puede absorber, pues bien, no se tiene más que hacerles producir menos, disminuir el tiempo de trabajo de todos. Al menos esto les daría un poco más tiempo para vivir. No se tiene más que poner un término a esta competencia estúpida, y organizar la producción en función

de las necesidades de la población.

Evidentemente, esto no convendrá a todo el mundo. Evidentemente los industriales y los banqueros, clamarán bien alto que no es posible, que es un escándalo. Se opondrán a ello con todas sus fuerzas. Pues bien, sería necesario privarse de los industriales y banqueros. Son ellos los verdaderos extranjeros. ¡Que se les heche fuera, a esos!

De todas maneras, las diferentes burguesías de Europa constituyen hoy el principal obstáculo a la unificación política, económica, y humana del continente. Al mismo título que las clases feudales, apegadas a sus privilegios, constituyan hace uno o dos siglos el principal obstáculo a la unificación de sus respectivos países. Entonces, si queremos ver un día Europa desembarazada de las fronteras que la desfiguran, será necesario desembarazarse de sus explotadores.

Y no son las diferencias de idioma las que podrán impedir que los trabajadores de Europa lleven a cabo, unidos, esta tarea. Pues no es difícil entenderse, incluso hablando idiomas diferentes, cuando se tienen los mismos intereses y los mismos ideales.

La Europa de los trabajadores sería además la Europa de la libertad, de todas las libertades. Incluso la de hablar el idioma que se quiera, contrariamente a lo que ocurre en su pretendida Europa de las patrias, en donde muchas culturas minoritarias no tienen la posibilidad de desarrollarse.

En la Europa de los trabajadores, los Vascos, Bretones, o Catalanes, podrían desarrollar su cultura sin entrave alguno, porque no estarían sometidos a un Estado nacional celoso de sus prerrogativas tanto al

exterior como al interior de sus fronteras.

En la Europa de los trabajadores, los problemas vasco, flamenco o irlandés encontrarían de forma natural sus soluciones, en función de las solas aspiraciones de los pueblos concernidos.

Sí, Europa es la esperanza. Pero solamente la Europa sin ninguna fronteras, la que sólo podrán construir los proletarios en lucha contra el capitalismo.

He ahí las ideas que los candidatos de Lutte Ouvrière

defenderán en la campaña de las elecciones europeas : la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa, paso necesario hacia la República Universal de los trabajadores.

Pues es necesario defender las ideas de mañana y no las de antes de ayer.

El porvenir pertenece a una humanidad liberada, en toda la tierra, del capitalismo, de la explotación, del odio, de las guerras y de las fronteras.

TRAS LOS ESTADOS NACIONALES, EL GRAN CAPITAL

No es necesario buscar mucho en las declaraciones de los hombres políticos más «pro-europeos» en palabras, para que aparezcan el más estrecho nacionalismo y el prejuicio por la soberanía de los Estados nacionales tales como son ; por el mantenimiento de las fronteras nacionales tales como son. No solamente ninguno se proclama partidario de la única unificación europea que lo sea, —es decir por un Estado europeo único, por una moneda y un presupuesto únicos, por la integración política, jurídica y económica completa, por la supresión de toda frontera— sino que ninguno ni siquiera pretende que sea posible.

Usan su demagogia, no en prometer para mañana los Estados Unidos de Europa, sino en presentar el Mercado común tal como es, o tal como podría ser mediante aún algunos arreglos, como lo mejor de lo mejor de la unidad europea. Su Europa, esa famosa Europa de la esperanza, es una Europa confederal, una Europa de los Estados soberanos, cada cual con su propia administración, su propio ejército, sus propias fronteras.

Los argumentos para explicar que lo que se hace en torno al Mercado común o al Parlamento europeo es una de las fases de un proceso ya

entablado que, llegado a término, conducirá a la instauración de un Estado europeo capitalista único, vienen de otros horizontes. La idea de base siendo, con variantes diversas, que las economías europeas son de tal modo interdependientes, los capitales y los mercados son de tal modo interpenetrados que los intereses de los capitalistas les conduce a estos a dotarse de un aparato de Estado único a la escala de Europa.

El partido Comunista Francés desarrolla un argumento de este tipo para tratar de dar un fundamento a su hostilidad «chauvina» con respecto a Europa —a menos cuando siente la necesidad de argumentar y de ir más allá de las exclamaciones nacionalistas. La unificación de Europa corresponde a la voluntad de los grandes monopolios y de los trusts multinacionales. Los trusts alemanes son los motores en el asunto, porque son los más potentes y ya dominan Europa en el plano económico pero los trusts franceses ligaron su destino y sus ganancias al capital alemán. Los unos y los otros necesitan un Estado fuerte, una moneda fuerte —el deutschmark por supuesto— y no pararán hasta que hayan roto la resistencia de los



Reunión de jefes de Estado o de gobierno de los nueve países que participan al Consejo europeo. Cada uno representa los intereses de su burguesía nacional, rivales entre si al menos tanto como cada una lo es con respecto a la burguesía norteamericana

A meeting of the Heads of states of the EEC Nine. Each of them defends the interests of his national bourgeoisie. All these bourgeoisies are in competition against one another at least as much as they are in competition with the American bourgeoisie

Estados nacionales cuya soberanía se opone, aunque sólo sea de hecho a sus objetivos.

He aquí, en suma, la argumentación del PCF.

Aun cuando la voluntad de los grandes monopolios fuese la de poner en pie un Estado europeo supranacional, nada justificaría por eso que el movimiento obrero se hiciera el defensor de la «patria» y de las fronteras nacionales.

Los trabajadores no tienen nada que ganar en el mantenimiento de los Estados nacionales y tienen mucho que perder al transmitir prejuicios nacionalistas que dividen a la clase obrera.

Pero, de todos modos, sería prestar a los grandes monopolios una capacidad que no tienen, al presentarles como los artesanos de la unificación política de Europa.

Sin embargo, esta idea no se transmite únicamente en los rangos del PCF, sino también entre las corrientes que se reclaman del socialismo revolucionario. Completa generalmente otra idea, a saber que el Mercado común, incluso tal como es, expresa y fortalece a la vez la interpenetración económica de los países europeos —lo que es incontestable— y que esta interpenetración llevará a la integración indisoluble completa de las economías europeas, lo que, a su vez, hará inevitable la emergencia de un Estado europeo unificado.

Un número reciente de *Inprecor*, órgano del Secretariado Unificado, habla —sin demasiado insistir, es verdad— de los «...peligros (para el movimiento obrero) ligados a las tendencias hacia la unificación capitalista de Europa occidental y que subtienden nuestra actitud de rechazo del Mercado común.»

En diversas obras muy anteriores a los debates actuales sobre Europa,

Ernesto Mandel, uno de los principales dirigentes del Secretariado Unificado, había aclarado mucho más netamente esta idea.

Así es como en su libro *La Respuesta socialista al desafío norteamericano*, editado hace unos diez años, Mandel afirma: «...la burguesía necesita a todo momento la intervención del Estado en la economía para salvaguardar la propiedad privada... Es sin embargo necesario que el campo de acción del Estado burgués sea conforme al de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Mientras los principales medios de producción de un país están en manos de la burguesía de este país, el Estado nacional es el instrumento mejor adaptado para la defensa del capital, pero si la situación empieza a transformarse, si se esboza la tendencia a la interpenetración europea de los capitales, el Estado nacional deja de ser el instrumento eficaz para defender los intereses de un capitalismo cada vez más internacionalizado. Será necesario entonces encontrar una nueva forma de Estado, que corresponda a la nueva realidad socio-económica. Es ahí donde reside la suerte histórica de las instituciones europeas supranacionales».

Y más lejos, de manera aún más explícita: «Un capital «europeo» exige un Estado burgués «europeo», en tanto que instrumento más apto para promoverlo, para garantizar las ganancias y para defendelo contra todos sus adversarios». Como si el capital no fuera, desde hace mucho tiempo, internacional, sin por ello engendrar un Estado internacional...

En un libro más reciente, *La Tercera Edad del capitalismo*, Mandel caracteriza esta «tercera edad», entre otras cosas, precisamente por la «centralización international del

capital» que «puede acompañarse con un retroceso progresivo del poder de algunos Estados nacionales burgueses y con la instauración de un nuevo poder de Estado burgués federal y supranacional. Esta variante, posible, e incluso probable, al menos para la C.E.E. en Europa occidental, corresponde a la segunda forma de centralización internacional del capital, la de la interpenetración internacional de los capitales, sin predominio de un grupo particular de capitales nacionales».

Este razonamiento alimenta además otro, del cual se alimenta a su vez, a saber : que el ascenso de los imperialismos europeos con respecto al imperialismo norteamericano rinde más plausible un Estado burgués supranacional en Europa, y que la conciencia de la necesidad de unirse frente a sus rivales norteamericanos lleva a los grandes capitales de los países de Europa a fusionar y a darse un instrumento estatal por lo menos a escala del actual Mercado común.

Frente a la construcción de un Estado europeo burgués que Mandel prevee como susceptible de llegar a su término, se pronuncia evidentemente por los Estados Unidos Socialistas de Europa. Incluso previene explícitamente contra los que sacarían de este razonamiento la conclusión de que la clase obrera debería oponerse a una Europa capitalista en nombre del mantenimiento de los cuadros nacionales. Sin embargo, él mismo no permanece neutro entre esta «*Europa del capital*» que predice y el mantenimiento del actual estado de cosas. «*Si algún día la interpenetración internacional de los capitales debiera desembocar en una verdadera integración económica de los Seis, o de una C.E.E. entre tanto ampliada a un número de países más*

elevado ; si algún día los organismos supranacionales dieran a luz a una verdadera potencia estatal nueva y fuerte, entonces los obstáculos objetivos a la toma del poder por el proletariado en el marco nacional se harían probablemente infranqueables. Sería necesario entonces que la clase obrera europea adapte su acción sindical y política al marco europeo entero.» —lo que sería dificilísimo, añade.

Ideas de este tipo no son propias a Mandel o a la corriente que representa. Con matices diversos, hay otros que ven la Europa capitalista unificada como inevitable... porque necesaria. (Algunos para depollarlo, otros para regocijarse de ello). Una de las variantes consiste en distinguir, al interior de cada burguesía nacional, varias capas con intereses muy divergentes con respecto a Europa, entre una burguesía pequeña y mediana retrógrada, que tiene una necesidad vital del Estado nacional y de su protección, y una gran burguesía cuyos negocios están implantados en muchos países de Europa y partidaria en cuanto a ella, de un Estado europeo único.

EL MERCADO COMÚN NO FUSIONA LAS BURGUESÍAS DE EUROPA...

Las premisas de los razonamientos de este tipo —a saber que la clase burguesa europea está desarrollándose a favor de la interpenetración de sus capitales— son tan poco fundadas como las conclusiones que de ellas se saca, a saber : que se podría unificar a los países capitalistas de Europa por un proceso progresivo, por arreglo amistoso.

No existe una burguesía europea en el sentido en que existe una

burguesía norteamericana. No existe un imperialismo europeo que sea rival en bloque del imperialismo U.S., sino potencias imperialistas europeas, al menos tan rivales las unas con respecto a las otras como cada una de ellas puede serlo con respecto al imperialismo norteamericano.

Los capitales, como las mercancías de esas diferentes clases capitalistas necesitan, desde hace muchísimo tiempo, espacios mucho más amplios que aquél delimitado por las fronteras nacionales. Y es, efectivamente, la imperiosa necesidad de suprimir o flexibilizar algunos de los obstáculos frente a la circulación de los capitales y mercancías engendrados por los Estados nacionales, la que ha llevado los Estados europeos a instaurar, con un común acuerdo, una zona de relativo libre cambio. Evidentemente, esta necesidad la tenían sobretodo los capitalistas o los grupos capitalistas cuyas actividades necesitaban amplísimos mercados, y no los que no tenían grandes ambiciones y a quienes, en cambio, una simple baja de los derechos arancelarios podía llevar a la ruina. En este sentido, fueron evidentemente los primeros los que constituyeron el motor de la instauración del Mercado común. Entre ellos, además, no fueron los europeos los que al origen dieron el tono ; sino los Norteamericanos ya presentes en Europa o deseosos de implantarse en ella.

El Mercado común no es un mercado verdaderamente único, a la escala de un continente, como lo es el mercado de los Estados Unidos. Pero tal como es, favoreció sin duda alguna un aumento cada vez mayor de la interpenetración de las economías europeas. Pero no ha fusionado las diferentes burguesías.

Ni siquiera hubo una tendencia manifiesta a una concentración «inter-europea» de los capitales entre trusts capitalistas procedentes de los diferentes países de Europa. Entre los reagrupamientos, las fusiones, había, claro, algunos que concernían trusts europeos entre sí. Pero los había tanto y más que ligaron trusts europeos y norteamericanos.

Jean-François Deniau, antiguo alto funcionario europeo y actualmente ministro del comercio exterior francés, se queja en su libro consagrado a Europa de que, muy lejos de favorecer *«la aparición de empresas europeas que tengan de cierta manera la dimensión mundial mediante un acercamiento entre las firmas de los países del Mercado común...»*, es lo contrario lo que ha ocurrido : *«Cada firma de un país europeo tuvo tendencia a darse la dimensión mundial por un acuerdo con una firma extra-europea, principalmente norteamericana, para poder hacer frente a la competencia en el estricto plano europeo mismo»*.

Añade además que *«las modificaciones estructurales se hicieron sea sobre un plano estrictamente nacional, los Estados interviniendo directamente para consolidar las estructuras industriales o favorecer las concentraciones, como se ha buscado sistemáticamente en Francia, sea interviniendo sobre un plano transatlántico»*.

Esta constatación comporta dos aspectos fundamentales del problema.

Primero que la interdependencia creciente de las economías europeas no tenían ninguna razón en poner fin a la competencia entre trusts y agrupamientos capitalistas franceses, ingleses, alemanes, etc. los unos con los otros ; y que esta competencia es, en muchos

aspectos, más empedernida que la que opone los capitalistas franceses, ingleses, alemanes, etc. a sus rivales norteamericanos.

Por fin, en esta competencia, los Estados nacionales desempeñan un papel indispensable.

...SÓLO CODIFICA ALGUNAS REGLAS DE SUS ENFRENTAMIENTOS

Los capitalistas, y más particularmente las grandes sociedades capitalistas, necesitan campos de acción a la escala de continentes, es incontrovertible. Pero en esos campos, se libran la guerra. Y en esta guerra, necesitan, en el plano económico como en el plano político, y a veces en el plano militar, su aparato de Estado nacional.

La existencia de estos Estados nacionales fracciona Europa, y este fraccionamiento perjudica la economía capitalista misma. Los Estados nacionales desempeñan al mismo tiempo un papel creciente que se ha vuelto absolutamente indispensable en el mantenimiento de la economía capitalista, incluso sobre el estricto plano económico. Ambos aspectos de los Estados nacionales son absolutamente contradictorios. Es precisamente el problema de las burguesías europeas. Pero no se suprime esta contradicción al considerar sólo uno de los aspectos del papel de los Estados nacionales para las diferentes burguesías europeas, aquel precisamente que les es nefasto.

¡Oh, no es porque un Estado burgués europeo sería —para emplear la expresión de Mandel— «el instrumento más apto» a proteger y a servir las ganancias y los privilegios de sus poseedores! Pero tiene el inconveniente fundamental de no

existir. Y también un segundo inconveniente —completamente hipotético, es verdad, en razón del primero—: sólo podría existir de por la supresión de los Estados nacionales, y no al mismo tiempo. (Aunque es justamente esta cuadratura del círculo la que los hombres políticos burgueses «pro-europeos» pretenden querer, proclamándose a la vez por la Europa unida —y por la soberanía nacional).

Cada una de las burguesías europeas de talla para eso, puede concebir fácilmente un Estado europeo sobre el cual tendría preponderancia. Ninguna pensaría en derrumbar su propio Estado nacional en esta hipotética perspectiva. Y sin embargo, lo primero no va sin lo segundo. A lo largo del siglo transcurrido, cada una de las principales burguesías europeas intentó, sino derrumbarlo, al menos debilitarlo, no su propio Estado por supuesto, sino el de su vecino rival. Era una manera siniestra y sangrienta de obrar por la unificación de Europa —pero la única que se puede concebir sobre una base capitalista. Y no condujo a eso.

¿Conseguir este resultado, pero mediante un acuerdo pacífico?

Pero es olvidar que las relaciones entre los capitalistas de Europa se encuentran lejos de ser pacíficas, incluso en tiempo de paz. La guerra económica jamás cesó entre trusts y grupos capitalistas. En esta guerra económica, como en todas las guerras, muchas formas de alianza ligando los unos contra otros son posibles, como lo son momentos de armisticio —pero la idea de un desarme general por consentimiento mutuo es un sueño utópico. Ahora bien, para cada burguesía de Europa, su Estado es un arma, y un arma esencial contra sus rivales.

Y eso no es solamente verdad para los sectores más «retrógrados» de la

burguesía. Estos, que a menudo sólo bajo la forma de la protección arancelaria benefician de la protección de su Estado nacional, son en general aquellos cuyos intereses se sacrifican más fácilmente en el altar de una política «a toma y daca» propia a los períodos de flexibilización del proteccionismo.

Las mayores empresas capitalistas, aquellas que operan a la escala de un continente, incluso a nivel mundial, son aquellas que tienen precisamente la mayor necesidad de su Estado nacional. Lo necesitan primero porque al protegerlas en el mercado interior, el Estado nacional les permite operar más fácilmente en los mercados extranjeros. Y para esas grandes sociedades, contrariamente a lo que concierne los pequeños capitalistas «retrógrados», la protección no consiste simplemente, ni siquiera consiste siempre, en la protección arancelaria. (Aunque...). Es sobretodo la garantía de un monopolio en los mercados públicos, la garantía de pedidos de Estado, y si llega el caso, subvenciones, ayudas a la investigación, etc., y de manera general todos los servicios sobre los cuales puede contar una gran empresa acerca de la administración de su país.

Incluso se podría decir que una empresa capitalista tiene tantas más posibilidades en convertirse en multinacional, que sabe ser... nacional. Es de notoriedad pública que Dassault, por ejemplo, puede vender sus aviones a precios muy competitivos en los mercados exteriores únicamente porque produce en gran cantidad, del hecho de los pedidos del Estado francés que se asegura de entrada.

Dassault, es verdad, no es una verdadera «multinacional» en el sentido que si vende sus aviones en el mundo entero, gracias al Estado

francés, no está implantado fuera de las fronteras francesas.

Pero una sociedad como Thomson-Brandt por ejemplo, en cuanto a ella, es una verdadera sociedad multinacional. De unas centenas de filiales que posee, una treintena produce en el extranjero. De por sus implantaciones, sus inversiones, como de por sus mercados, podría ser uno de esos grupos capitalistas «europeos» —es además el segundo mayor productor del Mercado común para el electro-doméstico por ejemplo— cuyos vínculos con el Estado nacional francés se supondrían más flexibles. Pues bien, Thomson-CSF, uno de los principales grupos que compone la sociedad Thomson-Brandt, comparte con Dassault ese privilegio de entre los grandes trusts, ¡que es el de realizar la mayor parte de sus negocios con el Estado francés!

Thomson-Brandt necesita, sin ninguna duda, para sus ganancias, la cooperación del Estado nacional francés —y la existencia de este último, por supuesto— más que el pequeño fabricante de ferretería en todos generos, de la más recóndita provincia. Incluso si los dirigentes del trust pueden ser, por momentos, fervientes partidarios de una política no proteccionista. Tanto más que no cabe olvidar que una parte del comercio exterior del país está representada nada menos que por las transferencias de productos medio-sofisticados al interior del mismo trust implantado en varios países, y que no desean pagar derechos arancelarios sobre estas transferencias.

Thomson-Brandt no es la única gran sociedad capitalista francesa cuyos capitales y mercancías penetraron desde hace mucho, otros mercados, en particular europeos, y que no necesita por eso menos del

Estado nacional. Incluso es más bien la regla. Los grupos C.G.E., o Schneider que, con ambas empresas precedentes, se aseguran a ellos solos más del quinto de todos los pedidos estatales del país, son igualmente grupos multinacionales.

Y más generalmente, es una evidencia el recordar que los mayores trusts mundiales, implantados en el mundo entero, lo han sido, y siguen siéndolo, en parte gracias a los vínculos que les une con su Estado nacional, en la ocurrencia el de los Estados Unidos. Vínculos que se traducen en el plano económico —y cuando hace falta en el plano diplomático, e incluso militar. Y el hecho que algunos de esos trusts hayan logrado poner a su servicio no sólo su propio Estado nacional, sino también otros, no cambia nada al asunto. No sólo es una parte atrasada de la burguesía quien es retrógrada y quien frena la unificación política y económica de Europa. Es el gran capital, los grandes trusts los que constituyen el más potente obstáculo a la supresión del parcelamiento de Europa entre Estados nacionales rivales. Son ellos los que encarnan la fuerza retrógrada más potente, los que bloquean el progreso de la sociedad, en este dominio como en otros muchos.

Las burguesías de los países de Europa no quieren, no pueden unificar Europa mediante acuerdo pacífico, incluso si su propia economía revienta dentro de las fronteras nacionales anacrónicas.

Esta incapacidad no está, en realidad, ni siquiera por demostrar. Es uno de los hechos patentes de toda la historia europea desde largas decenias. Hace tres cuartos de siglo, afables soñadores pacíficos, fede-

listas, que contaban con la emergencia de un Estado europeo en el marco capitalista, bajo la sola presión de los hechos y de las necesidades, hubieran podido aún dar el pego. Pero no ahora.

A pesar de las dos guerras que debilitaron igualmente a todas, a pesar de su decadencia frente al ascenso de la burguesía norteamericana que dispone de un mercado nacional a la escala de un continente, las burguesías francesa, alemana, inglesa etc. permanecieron agarradas a su Estado nacional sin embargo cada vez menos potente, y a sus fronteras nacionales, sin embargo cada vez más permeables a los capitales norteamericanos.

El peligro para el movimiento obrero no está en la instauración de los Estados Unidos de Europa del capital, con una mayor potencia y una mayor rabia contra la clase obrera.

El peligro, es que el movimiento obrero se deje contaminar todavía más por el virus nacionalista y chauvinista. Al tomar en serio las sandeces demagógicas y huecas de los políticos burgueses «pro-europeos», y al combatirlos en tanto que representantes, de una «Europa del capital» amenazadora para los trabajadores, los revolucionarios se saldrían del marco del problema.

Es necesario, al contrario, afirmar, repetir, que la unificación de Europa, la supresión de las fronteras, es el interés de los trabajadores y de los pueblos, y que la burguesía es absolutamente incapaz de realizarla. Es una de las razones por la cual hay que poner fin al reino de la burguesía a fin que puedan nacer los Estados Unidos de Europa que no podrían ser sino socialistas.

Una discusión en el seno del Secretariado Unificado : Camboya, ¿Estado obrero o Estado burgués ?

La actitud de las organizaciones del SU (Secretariado Unificado de la IV Internacional) frente a la intervención de Vietnam en Camboya no fue de ningún modo unánime. Su sección francesa, la LCR, así como Ernesto Mandel, entre otros, ha condenado esta intervención, mientras que la sección japonesa y el SWP, la organización norteamericana, la han justificado.

Estas tomas de posiciones divergentes dieron lugar a un debate en las columnas de *Inprecor* y de *Intercontinental Press*, los órganos internacionales de idioma francés e inglés del SU. Debate dentro del cual sólo han intervenido por ahora portavoces del SWP por una parte y Ernesto Mandel por otra parte, y que va más allá de las cuestiones tácticas. Los unos y los otros discuten, a propósito de estas tomas de posiciones tácticas, de la estimación de estos regímenes, y más allá, de la naturaleza de clase del Estado de Camboya y de Vietnam.

El SWP explica que el régimen de Pol Pot no se instauró sobre la base de una movilización del proletariado. Muy al contrario, «Los dirigentes Khmers Rojos vieron en las ciudades los bastiones enemigos por conquistar». (*Inprecor* nº 47). Y añade :

«llevados al poder por una sublevación revolucionaria del campo, no sólo han aplastado y dispersado la población urbana, sino que además han retrocedido sobre los embargos y las redistribuciones de tierras iniciadas por los campesinos». En cuanto a las nacionalizaciones, «no resultaron de movilizaciones de la clase obrera —incluso limitadas y controladas— sino que siguieron el aplastamiento de los obreros de las ciudades por los Khmers Rojos». Además, añaden los portavoces del SWP, las nacionalizaciones de Pol Pot, a pesar de su importancia «tienen muchos ejemplos similares en la historia. Son de la misma índole que las grandes nacionalizaciones hechas por los regímenes de Egipto, Birmania, Mozambique y Angola, que eran lo contrario de virajes sociales, incluso cuando las efectuaban direcciones burocráticas». Ya que, explican más lejos, «los regímenes neo-coloniales se ven frecuentemente obligados a favorecer la acumulación primitiva del capital mediante el aparato de Estado».

Así, el SWP, considera el Camboya de Pol Pot como una «tiranía capitalista», aunque no sobra precisión en tal formulación y a pesar de

que durante semanas, las publicaciones del SWP explicaban ampliamente en qué aspecto el Estado camboyano no era un Estado obrero, sin nunca precisar lo que era ; sin embargo cabe pensar que el SWP considera Camboya como un Estado burgués. Esto contrasta con los análisis tradicionales del SU que considera que cuando un partido estaliniano se acapara del poder, instaura un Estado obrero. Un Estado deformado, mal formado sin duda, pero no obstante un Estado obrero.

Pero eso contrasta igualmente con los demás análisis del mismo SWP que considera Camboya como una excepción. Ya que el SWP, así como el resto del SU, sigue considerando China, Laos, Vietnam y Cuba como Estados obreros.

Pero los portavoces del SWP pueden difícilmente no darse cuenta que su análisis del régimen de Pol Pot casi se puede aplicar al análisis del régimen vietnamita o chino. Por lo tanto quieren poner en evidencia una diferencia. Si el régimen camboyano ha aplastado la clase obrera urbana, explican, si la ha dislocado al evacuar autoritariamente las ciudades, no fue el caso en Vietnam o en China. Según lo que dicen, en China la dirección maoista tuvo que apoyarse sobre «movilizaciones urbanas anticapitalistas», aunque no fuera el caso al origen. «Cuando los ejércitos campesinos entraron en las ciudades chinas en 1949, escriben, los dirigentes maoistas ejercieron una política en contra de la clase obrera aunque no han efectuado evacuaciones en masa, así como lo hicieron en Camboya. Han prohibido las huelgas y las manifestaciones. Han intentado arrastrar fuerzas capitalistas en el gobierno.»

La lógica quisiera que se concluyera que el régimen de Mao,

como el de Pol Pot, es un régimen nacionalista burgués. ¡De ningún modo ! Ya que en 1951, todo cambió «cuando el gobierno chino estuvo obligado de enfrentarse con el imperialismo U.S. en la guerra de Corea (subrayamos nosotros), tuvo que cambiar de orientación. La reforma agraria china se extendió hacia toda la China del sur (las olas de reformas precedentes sólo habían tocado el norte). ¿Cabe concluir que la China del norte ya era un Estado obrero, mientras que la China del sur tuvo que esperar 1951 para serlo ?

Pero prosiguen : «Las movilizaciones campesinas que resultaron de eso, estimularon movilizaciones urbanas anti-capitalistas que empezaron en 1951. Un gobierno obrero y campesino apareció entonces y empezó a realizar —bajo los auspicios de la burocracia maoista— las movilizaciones urbanas y las medidas económicas que en 1953, transformaron China en un Estado obrero.» (*Inprecor* n° 47)

Sin duda se podría discutir de la importancia de las movilizaciones urbanas de 1951 que menciona el SWP, pero lo que no pone en duda, es que se efectuaron bajo los auspicios, y porque no decirlo, bajo el control y las órdenes del aparato de Estado maoista, es decir un aparato de Estado que el SWP aún considera hoy como un Estado burgués. En realidad, y el mismo SWP lo alude, se trata de una movilización de la población china bajo la égida del Estado, provocada por él, mediante la evocación del peligro exterior, el peligro imperialista. He ahí un Estado que se transforma de burgués en obrero sin cambiar ni siquiera de régimen, y de equipo dirigente, por mera decisión de su cumbre. No se ve muy bien lo que el SWP podría reprochar a los reformistas y a los estalinianos, cuando

estos últimos hablan de transformación pacífica de un Estado burgués en Estado «socialista» por poco que haya un buen gobierno que tome «buenas medidas».

El SWP —también en este caso de acuerdo con el resto del SU— aplica el mismo esquema al análisis de la naturaleza de clase del Estado vietnamita. Admite que la movilización se efectuó dentro de estructuras militares, en el campo, sobre la base de la movilización de los campesinos. Reconoce que se tomaron las ciudades en el último momento. Pero para justificar la diferencia que ve con Camboya, evoca, a guisa de movilización obrera, el entusiasmo de la población obrera cuando acogió a las tropas vietcong y a las tropas de Vietnam del Norte, entusiasmo que daría al régimen vietnamita la calidad de Estado obrero. Hay razones para pensar que el análisis que hace el SWP del régimen camboyano constituye una justificación teórica a posteriori de la posición que tomó en el conflicto vietnamo-camboyano. Sin duda es por esta razón que aparece como sobreañadida. En todo caso, no se puede decir que brilla por su coherencia. Esta incoherencia preocupa Ernesto Mandel que responde a los portavoces del SWP en el número 48/49 de *Inprecor*.

No para concluir que resulta necesario volver a considerar el análisis que hace el SU de la naturaleza de los Estados chino, cubano, vietnamita o laociano seguir el análisis que hace el SWP del Estado camboyano. ¡No! Ocurre lo contrario. Reprocha a los portavoces del SWP de introducir elementos que arriesgan trastornar el esquema que sirve de análisis desde hace años al SU.

No se trata, dice, de aceptar el análisis del régimen camboyano que

hacen los camaradas del SWP bajo pena de que se discuta la caracterización de los otros Estados calificados por el SU de Estados obreros deformados. Y sus temores están fundados. Tanto es verdad que los análisis del SU se basan sobre un razonamiento cuya coherencia es simplemente formal.

El Secretariado Unificado califica sistemáticamente de Estado obrero, deformado o no, todo Estado cuyo régimen ha tomado medidas como la nacionalización más o menos completa de la economía, la planificación, una ruptura política con el imperialismo y en particular todo Estado dirigido por partidos de origen estaliniano, mientras que la clase obrera nunca tomó o ejerció el poder en esos países.

A partir de esto, Mandel y los dirigentes del SU van a multiplicar sus esfuerzos para encontrar rasgos proletarios en el seno del movimiento nacional que se ha desarrollado en esos países.

Y como siempre es posible encontrar proletarios en un movimiento nacional, dado que los movimientos populares engloban por definición el conjunto de la población, todas clases confundidas, el SU siempre encuentra elementos proletarios que le permiten justificar su tesis.

Pero al contrario, lo que no logran encontrar en esos movimientos, son los elementos de una movilización de la clase obrera, independiente políticamente y organizacionalmente de las direcciones nacionalistas, y con mayor motivo, una toma de poder por el proletariado. Qué no quede por eso, las etiquetas servirán a eso. Y, ya que esas direcciones nacionalistas se dicen comunistas, eso basta para que el SU diga que expresan las aspiraciones y el programa del proletariado bajo una

forma deformada y burocrática, por procuración por decirlo así.

La divergencia que opone una parte del SU a la otra es importante.

Se pudo observar las consecuencias en la actitud diferente que ha adoptado cada una de sus tendencias en el conflicto que ha opuesto Vietnam y Camboya. Al menos que sea lo contrario, y que el origen de las diferencias de análisis esté en las diferentes posiciones tomadas en esta ocasión.

El SWP, lo hemos visto, tomó posición en favor de Vietnam porque se trata según él de un Estado obrero frente a un Estado burgués. Otra parte del SU, en la que se encuentran Mandel y la LCR francesa, tomó posición en contra de esta intervención, evocando el hecho que el enfrentamiento entre dos Estados obreros era perjudicial para el movimiento obrero internacional. La mayoría del SU, se extraña y se

indigna de que se pueda así traicionar el internacionalismo.

Se puede leer en el editorial del nº 44 de *Inprecor*: «*Sin tomar en consideración, en lo más mínimo, los intereses superiores de la clase obrera internacional, sin ni siquiera hablar de los intereses superiores de la Revolución mundial, cada una de esas burocracias (la burocracia vietnamita y la burocracia camboyana —NDLR) está lista ahora para defender sus propios intereses inmediatos contra los demás 'partidos hermanos' al poder, incluso con las armas.*»

El SU se declara sorprendido y chocado porque direcciones nacionalistas tienen una política nacionalista. Sin embargo no se puede reprochar a estas últimas el haber disimulado sus intenciones. Entonces, ¿qué traicionaron los Vietnamese y los Camboyanos sino las ilusiones del SU?

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE :	France	FF 5
	Spain	ptas 80
	USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : *Ordinary* : FF 50 *Closedmail* : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 *Closedmail* : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,
Guadeloupe, Reunion, Guyane,

North-Africa FF 60

French Polynesia, New Caledonia, FF 70

Madagascar FF 80

All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :
Apply to us to have the tariffs.